

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rogelio Cerón Barranco
roge_241290@hotmail.com
Universidad Veracruzana

Bertrand Russell y la historia

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 41-44.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

La literatura está hecha de cuestiones centrales del escritor, entre las cuales a veces se encuentran también las cuestiones de la humanidad.

KAZIMIERZ BRANDYS

La historia del mundo es la suma de aquello que hubiera sido evitable.

BERTRAND RUSSELL

Historia, una palabra común que lo impregna todo en nuestra vida cotidiana y nos relaciona directamente con el conocimiento del pasado; igualmente, dentro de un orden más convincente y justificado de su uso, la historia nos da una primera idea acerca de nuestra identidad y pertenencia a una comunidad o nación determinada. Dicho esto, pasado e identidad forman los pilares sobre los cuales la historia como disciplina adquiere su sentido, así como las formas para ser predicada, practicada y reconocida.

Entre los textos que como lector –más que como historiador de profesión o seguidor de un género particular– llegan hasta mis manos, se encuentra el número 63 de la colección Biblioteca del Universitario, de la UV, titulado *El arte de la tentación. Antología del ensayo inglés*. De este libro, del que rescato su buen gusto por la selección y su labor editorial, llama mi atención particularmente el ensayo del filósofo británico y ganador del Nobel de Literatura en 1950, el conde Bertrand Arthur William Russell.

En el texto titulado “Sobre la historia”, Russell muestra, además de una prosa elaborada, profundas reflexiones, tanto para el gremio especializado como para el público en general interesado en la materia. La historia como práctica y discurso ha sido tema importante

BERTRAND RUSSELL Y LA HISTORIA

Rogelio Cerón Barranco

Entre los textos que como lector –más que como historiador de profesión o seguidor de un género particular– llegan hasta mis manos, se encuentra el número 63 de la colección Biblioteca del Universitario, de la UV, titulado *El arte de la tentación. Antología del ensayo inglés*. De este libro, del que rescato su buen gusto por la selección y su labor editorial, llama mi atención particularmente el ensayo del filósofo británico y ganador del Nobel de Literatura en 1950, el conde Bertrand Arthur William Russell.

para personajes que no necesariamente están involucrados en esta área y que, sin embargo, han demostrado un buen manejo teórico y filosófico sobre el problema histórico. Russell, aunque formado en la filosofía, coloca una piedra más en la constitución sobre el debate de la historia para todo adepto del tema.

Russell y la ciencia de la historia

Dentro de su ensayo, Russell nos ofrece una serie de argumentos que nos aproximan a un debate y una propuesta rica para la disciplina histórica; para nuestro filósofo,

la historia es importante, sin más, ya que gracias a ella logramos fijar una idea del suelo que pisamos, de nuestra sociedad y cultura y de las partes que la constituyen, dotándonos de un nombre y una pertenencia. En Russell, no es concebible una nación sin historia, ya que la historia vista como discurso es la matriz de nuestra conducta y forma de ver el mundo, tanto a diferencia como a semejanza de los demás.

A su vez, el valor de verdad y objetividad en la historia es una constante propia de dichos estudios, pues si bien podrá ser debatida la veracidad y la objetividad de tal documento o investigación, el valor de la verdad y la imparciali-

dad tal cual dentro de la narrativa histórica es el motor que impulsa tanto su legitimidad como la continuidad de su función:

Hay más vida en un documento que en cincuenta historias (omitiendo algunas de las mejores); por el simple y sencillo hecho de contener lo que pertenece al pasado, posee extrañamente una vitalidad en la muerte, tal como la que subyace en nuestro propio pasado cuando algún sonido o esencia lo despierta. Y una historia escrita después del evento difícilmente nos puede hacer notar que los actores ignoraban el futuro (Russell 2018, 200).

Ante la verdad latente en el documento, Russell se pregunta: “¿Cuál es la tarea del historiador?” Y para responder a ello enfoca su atención en la actividad primaria de los historiadores, de sentido a su trabajo: el arte de la selección, en donde para Russell el valor de la verdad ahora se vuelve polisémico, al ofrecernos una opinión que rompe con una objetividad absoluta dentro del mismo ejercicio selectivo, el cual se muestra incapaz de mostrarnos la historia en su generalidad.

Con ello, Russell no pretende demeritar el ejercicio histórico objetivo, apegado a la fuente, ni condenarlo a una práctica pretenciosa e inclusive falsa o fantasiosa, sino todo lo contrario: para él, la historia y el historiar se vuelven importantes por la misma razón de que brindan explicaciones y, en mayor medida, una hipótesis general del comportamiento humano a través de la documentación de los hechos.

Si bien la ciencia de la historia no era posible a principios del siglo XIX –y en mi opinión dudo que hoy en día se tenga una base sólida para dicha pretensión, dentro del campo de las ciencias sociales–,

en su estructura narrativa contiene un encanto seductor gracias a su prosa y constitución discursiva.

Los hechos son importantes en las ciencias inductivas únicamente en relación con las teorías; y las nuevas teorías dan importancia a nuevos hechos. Así por ejemplo, el planteamiento de la selección natural da relevancia a todas las especies transitorias e intermedias, a la existencia de rudimentos, y al registro embriológico de la ascendencia. Pero difícilmente puede sostenerse el hecho de que la historia haya alcanzado, o esté a punto de alcanzar, un punto en el cual tales medidas son aplicables a los hechos. La historia, considerada como un cuerpo de verdades, parece estar destinada a mantenerse en un campo casi puramente descriptivo (Russell, 202).

La historia, por tanto, no carece necesariamente de contenidos para establecer hipótesis, sino que más bien la misma abundancia de factores o variables impide esclarecer fácilmente un orden uniforme y delimitado, a diferencia de la ciencia exacta. El estudio de la historia, más que un conjunto de posibles leyes generales y dictaminadas, muestra un mapa irregular donde los hechos en sí son más ricos dentro de estudios particulares que encasillados dentro de una ley científica estricta.

La enseñanza de la historia en Russell

Habiendo expuesto su postura frente a la ciencia de la historia –tema en el que no deseamos abundar–, Russell señala más adelante las fragilidades de la enseñanza de la historia aludiendo a aquellas leyes

que se han vuelto radicales para una explicación causal del devenir humano; si bien no se hacen visibles dentro del ensayo, podemos suponer que dicho radicalismo se hallaba en corrientes como el marxismo y la escuela historiográfica alemana, las cuales disponían de estructuras científicas rígidas para el estudio del pasado.

En Russell también se evidencia el abuso de palabras que hoy en día siguen en uso por parte de los historiadores; ejemplos claros: *democracia* y *libertad*, que toman como punto de origen a Grecia o Roma como pilares edificantes de la tradición histórica en Occidente. En opinión del matemático, adoptar conceptos creados desde hace más de dos mil años y aplicarlos al presente resulta anacrónico o, como él menciona, “frívolo y carente de realidad”. Se trata de un asunto que, para el autor de *Principia Mathematica*, es sumamente importante, pues dentro del cuestionamiento de conceptos como “libertad”, “progreso”, “verdad” o “poder” yace un trasfondo que hace de la historia un arma no necesariamente para hacer justicia, sino más bien para justificar actos de odio y violencia de los que el nazismo o el puritanismo inglés son ejemplos. Pese a lo dicho, Russell le da una salida a la comprensión y enseñanza de la historia cuando comenta:

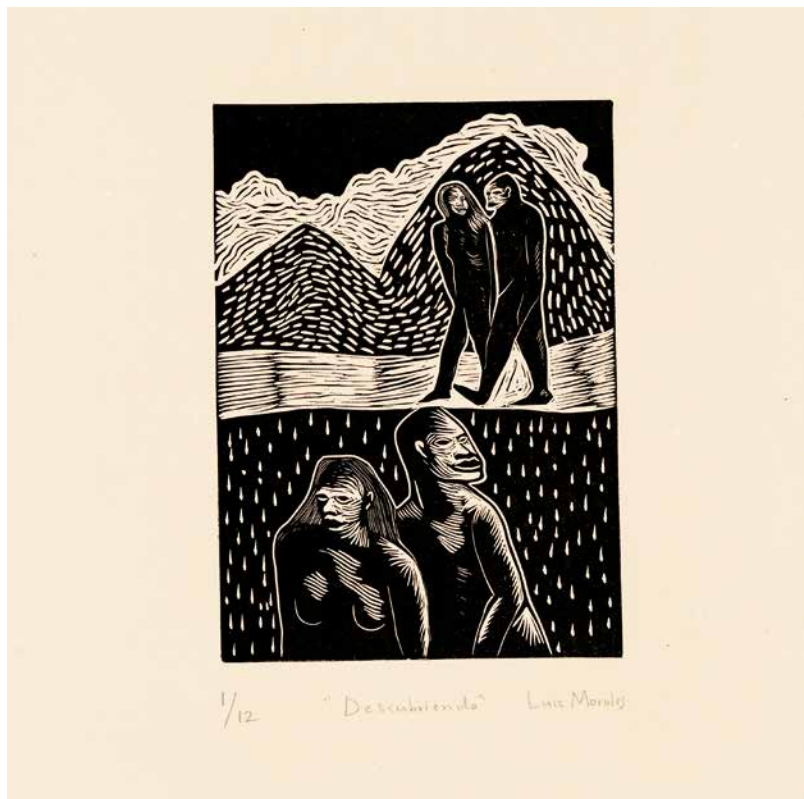
La historia tiene una función menos directa, menos exacta y menos decisiva. Puede, en primer lugar, sugerir máximas menores, cuya verdad, cuando es pronunciada, pueda ser vista sin la ayuda de los eventos que la sugirieron... Donde quiera que, prescindiendo de los hechos, pueda construirse un simple argumento deductivo a partir de premisas indudables, ahí la historia podrá blandir preceptos útiles (Russell, 204-205).

Si bien el filósofo inglés es crítico con el edificio optimista de la ciencia histórica, no por ello deja de lado la posibilidad de su riqueza y utilidad para la sociedad. Para Russell, la historia guarda una importancia de primer orden, pues la misma constitución del *corpus* histórico da paso a la conformación de una entidad y pertenencia para todo hombre; de este modo asigna al estudio de la historia una de las mayores labores del quehacer humano: otorgar un sentido de existencia a sus lectores y oyentes.

Para Russell, la historia posee una función que en ocasiones olvidamos: el poder de potenciar la imaginación; pasado con presente y futuro con presente son unidos y concebidos gracias al discurso mismo de la historia, el carácter selectivo de las vidas y los acontecimientos que esta tiene permite formar el pensamiento y la idea en torno al tiempo y las acciones que en él ocurren. A diferencia del presente, donde el periodismo inunda los medios masivos de comunicación en la vida diaria, la visión histórica se torna una proyección que va más allá de nuestra vida y nos acerca a un pasado vivo.

La contemplación de la historia surge como una tarea necesaria ante la avalancha de nacionalismos e imperialismos exacerbados, orgullosos e imparables que tienen como fin único hacerse con el éxito y la dominación. Y si bien la historia ha sido el pretexto para dichos fines, es a su vez un antídoto para resarcir el daño por medio de su discurso, pues dentro de este yace una necesidad oculta que nos invita a mirarnos una vez más y reflejarnos en los otros frente a los grandes desafíos de nuestros tiempos.

El recuerdo de las grandes gestas es una derrota para el Tiempo, porque prolonga su poder a través de muchas épocas, después de que



Descubriendo

estas y sus autores han sido devorados por el abismo de la inexistencia. Y en relación con el pasado, donde la contemplación no está oscurecida por el deseo y la necesidad de acción, vemos, de forma más clara que en nuestras propias vidas, el valor, para bien o para mal, de los fines que los hombres han perseguido y de los medios de los que se han valido para conseguirlos (Russell, 206-207).

“Todavía, desde el pasado, las voces de los héroes nos llaman”, escribe Russell; un coro que nos comunica con aquellas vidas que nos precedieron y nos enriquece con sus lecciones; comunión mística mediada por el acto mismo del hábito y la lectura, dando con ello un carácter poético al discurso histórico. Noción que nos permite mirar a la historia más que solo como una actividad destinada a la

recolección de archivos o biografías inertes.

Pero la historia es algo más que la crónica vital de los hombres singulares, a pesar de lo grandes que hayan sido: es el dictado de la historia contar la biografía, no solo de hombres, sino de El Hombre; para presentar la larga procesión de las generaciones como los pensamientos pasajeros de una vida continua; para trascender su ceguera y brevedad en el lento desarrollo del tremendo drama en el que todos tienen un papel (Russell, 208).

Y si bien el presente, y más aún el futuro, es incierto, la historia y el historiador tienen la tarea de extraer y formular mediante su trabajo y pensamiento fragmentos invaluable de la magnífica grandeza que yace en la memoria del pasado, luchando contra el olvi-

do y evocando la grandeza de los tiempos vividos por cada generación. “El historiador debe componer de nuevo, en cada edad sucesiva, el epitafio de la vida de El Hombre” (Russell, 209).

La exaltación del pasado en Russell

Dejando de lado el debate de si la historia es ciencia o tan siquiera útil en nuestros días, es innegable que el discurso histórico en sí mismo posee un valor formativo que permite a quienes se acercan a ella luchar contra el gran peso de su tiempo. Russell deja a la historia tareas más importantes y trascendentales que su legitimación dentro del reino de las ciencias sociales o exactas.

Como egresado de la licenciatura en Historia, me es reconfortante tener conocimiento del texto de Russell, pues si bien dentro del gremio existen numerosos artículos, ensayos y libros que defienden la práctica y la utilidad de esta disciplina, estoy convencido de que las opiniones externas que yacen en las disciplinas hermanas y no tan cercanas permiten enriquecer el debate y la sana comunicación, para el buen ejercicio de nuestra tarea intelectual.

En específico, no dejar de lado la contribución de la literatura y las ciencias en general como fuentes de enseñanza y discusión para abordar lo “histórico”, Russell, quien más que un matemático o filósofo dedicado a otro tipo de tareas académicas y reflexivas, fue un pensador que no se quedó callado ante las tragedias y problemas de su tiempo y que en la historia halló un campo para ejercer su libre opinión y defensa de aquello que creía correcto.

El pensamiento de Russell es una herencia para toda una época, y se espera que las reflexiones del filósofo nos sirvan no solo a los historiadores de carrera, sino a to-

dos los actores en general, atentos a los designios de la historia. Empresa privilegiada a la cual el lector curioso es llamado a través de su análisis, un faro de luz ante el mar oscuro del olvido y la necesidad constante del “Hombre” que, desde tiempos de Heródoto, ya habían sido vislumbradas como son la conservación de la memoria, función primaria del trabajo histórico.

El hombre contemporáneo no se preocupa por su memoria individual porque vive rodeado de memoria almacenada. Lo tiene todo al alcance de la mano: enciclopedias, manuales, diccionarios, compendios... Bibliotecas y museos, anticuarios y archivos. Cintas de audio y de video. Internet. Depósitos interminables de palabras, sonidos y cuadros, en las casas, en los almacenes, en los sótanos y en las buhardillas. Si es niño, la maestra se lo dirá todo en la escuela, si es estudiante de universidad, se lo dirá el profesor (Kapusinski 2004, 90).

Retrato angustiante de nuestro tiempo, donde las ideas de grandes hombres y hazañas nos permiten no únicamente recordar, sino involucrarnos, con ayuda del pasado, en la contemplación objetiva y detallada de nuestros días. No hay nada más real que el pasado y su justificación objetiva o subjetiva se halla descartada por el simple hecho de ser un testimonio permanente y eterno de lo acaecido.

Ese pasado es un poder ante el cual nuestro presente no tiene ninguna potestad; más bien el presente se inclina ante la grandeza y lección de su maestro, un pasado sonoro y estridente, que gracias al discurso de la historia nos es heredado y manifestado mediante símbolos que trascienden nuestra breve vida.

Año tras año los amigos mueren, las esperanzas resultan vanas, los ideales se desvanecen, la tierra encantada de la juventud queda más lejana, el camino de la vida resulta más aburrido; el peso del mundo crece hasta que la labor y el dolor se tornan muy pesados de soportarse; la alegría se desvanece en las viejas naciones de la Tierra y la tiranía del futuro absorbe la fuerza vital de los hombres; todo lo que amamos declina, declina desde el mundo agonizante. Pero el pasado siempre está devorando la fugaz descendencia del presente, vive por la muerte universal; firme e irresistible, agrega nuevos trofeos a su templo silencioso, levantado por todas las edades; cada gran acción, cada vida espléndida, cada logro y fracaso heroico yacen ahí, en un altar del río del tiempo; la triste procesión de las generaciones humanas está marchando lentamente hacia la tumba; en el tranquilo país del pasado, la marcha llega a su fin, los cansados vagabundos descansan, y todo su lamento se va acallando (Russell, 210). **LPyH**

REFERENCIAS

- Kapusinski, Ryszard. 2004. *Viajes con Heródoto*. Barcelona: Anagrama.
- Russell, Bertrand. 2017. “Sobre la historia”. En *El arte de la tentación. Antología del ensayo inglés*, editado por Rafael Antúnez, 199-210, Biblioteca del Universitario 63, Xalapa: UV.

Rogelio Cerón Barranco es licenciado en Historia por la UV. Actualmente cursa la Especialización en Promoción de la Lectura (EPL) en la misma casa de estudios.